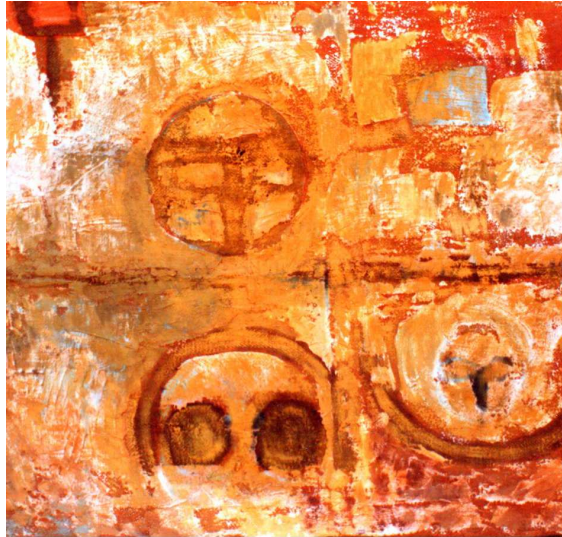


Los Discursos Peligrosos *Editorial*

www.pedrogarciaolivoliteratura.com



Ofrece

La casa. Del sótano a la buhardilla El sentido de la choza

Gaston Bachelard

¿Quién vendrá a llamar a la puerta?
Puerta abierta, se entra.
Puerta cerrada, un antro.
El mundo llama del otro lado de mi puerta.
Les amuaementa naturels, p. 217.
Pierre Albert-Birot.

Para un estudio fenomenológico de los valores de intimidad del espacio interior, la casa es, sin duda alguna, un ser privilegiado, siempre y cuando se considere la casa a la vez en su unidad y su complejidad, tratando de integrar todos sus valores particulares en un valor fundamental. La casa nos brindará a un tiempo imágenes dispersas y un cuerpo de imágenes. En ambos casos, demostraremos que la imaginación aumenta los valores de la realidad. Una especie de atracción de imágenes concentra a éstas en torno de la casa. A través de todos los recuerdos de todas las casas que nos han albergado y allende todas las casas que soñamos habitar, ¿puede

desprenderse una esencia íntima y concreta que sea una justificación del valor singular de todas nuestras imágenes de intimidad protegida? He aquí el problema central.

Para resolverlo no basta considerar la casa como un "objeto" sobre el que podríamos hacer reaccionar juicios y ensoñaciones. Para un fenomenólogo, para un psicoanalista, para un psicólogo (enumerando estos tres puntos de vista por orden de precisión decreciente), no se trata de describir unas casas, señalando los aspectos pintorescos y analizando lo que constituye su comodidad. Al contrario, es preciso rebasar los problemas de la descripción —sea ésta objetiva o subjetiva, es decir, que narre hechos o impresiones— para llegar a las virtudes primeras, a aquellas donde se revela una adhesión, en cierto modo innata, a la función primera de habitar. El geógrafo, el etnógrafo, pueden muy bien describirnos distintos tipos de habitación. En esta diversidad el fenomenólogo hace el esfuerzo necesario para captar el germen de la felicidad central, segura, inmediata. En toda vivienda, incluso en el castillo, el encontrar la concha inicial, es la tarea ineludible del fenomenólogo.

Pero ¡cuántos problemas afines si queremos determinar la realidad profunda de cada uno de los matices de nuestro apego a un lugar de elección! Para un fenomenólogo el matiz debe tomarse como un fenómeno psicológico de primer brote. El matiz no es una coloración superficial suplementaria. Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un "rincón del mundo".

Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es -se ha dicho con frecuencia- nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. Vista íntimamente, la vivienda más humilde ¿no es la más bella? Los escritores de la "habitación humilde" evocan a menudo ese elemento, de la poética del espacio. Pero dicha evocación peca de sucinta. Como tienen poco que describir en la humilde vivienda, no permanecen mucho en ella. Caracterizan la habitación humilde en su actualidad, sin vivir realmente su calidad primitiva, calidad que pertenece a todos, ricos o pobres, si aceptan soñar.

Pero nuestra vida adulta se halla tan despojada de los bienes primeros, los lazos antro-po-cósmicos están tan relajados, que no se siente su primer apego en el universo de la casa. No faltan filósofos que "munifican" abstractamente, que encuentran un universo por el juego dialéctico del yo y del no-yo. Precisamente, conocen el universo antes que la casa, el horizonte antes que el albergue. Al contrario, las verdaderas salidas de imágenes, si las estudiamos fenomenológicamente, nos dirán de un modo concreto los valores del espacio habitado, el no-yo que protege al yo.

Aquí, en efecto, tocamos una recíproca cuyas imágenes debemos explorar; todo espacio realmente habitado lleva, como esencia, la noción de casa. Veremos, en el curso de este ensayo, cómo la imaginación trabaja en ese sentido cuando el ser ha encontrado el menor albergue: veremos a la imaginación construir "muros" con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección o, a la inversa, temblar tras unos muros gruesos y dudar de las más sólidas atalayas. En resumen, en la más interminable de las dialécticas, el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los sueños. Desde ese momento, todos los refugios, todos los albergues, todas las habitaciones tienen valores de onirismo consonantes. Ya no se vive verdaderamente la casa en su positividad, no es sólo ahora cuando se reconocen sus beneficios. Los verdaderos bienestares tienen un pasado. Todo un pasado viene a vivir por el sueño, en una nueva casa. La vieja expresión "transportamos allí nuestros dioses lares" tiene mil variantes. Y la ensoñación se profundiza hasta el punto en que una propiedad inmemorial se abre para el soñador del hogar más allá del más antiguo recuerdo. La casa, como el fuego, como el agua, nos permitirá evocar, en el curso de este libro, fulgores de ensoñación que iluminan la síntesis de lo inmemorial y del recuerdo. En esta región lejana, memoria e imaginación no permiten que se las disocie. Una y otra trabajan en su profundización mutua. Una y otra constituyen, en el orden de los valores, una comunidad del recuerdo y de la imagen. Así la casa no se vive solamente al día, al hilo de una historia, en el relato de nuestra historia. Por los sueños las diversas moradas de nuestra vida se compenetran y guardan los tesoros de los días antiguos. Cuando vuelven, en la nueva casa, los recuerdos de las antiguas moradas, vamos al país de la Infancia Inmóvil, inmóvil como lo Inmemorial.¹ Nos reconfortamos reviviendo recuerdos de protección. Algo cerrado debe guardar a los recuerdos dejándoles sus valores de imágenes. Los recuerdos del mundo exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa. Evocando los recuerdos de la casa, sumamos valores de sueño; no somos nunca verdaderos historiadores, somos siempre un poco poetas y nuestra emoción tal vez sólo traduzca la poesía perdida.

Así, abordando las imágenes de la casa con la preocupación de no quebrar la solidaridad de la memoria y de la imaginación, podemos esperar hacer sentir toda la elasticidad psicológica de una imagen que nos conmueve con una profundidad insospechada. En los poemas, tal vez más que en los recuerdos, llegamos al fondo poético del espacio de la casa.

En esas condiciones, si nos preguntaran cuál es el beneficio más precioso de la casa, diríamos: la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz. No son únicamente los pensamientos y las experiencias los que sancionan los valores humanos. Al ensueño le pertenecen valores que marcan al hombre en su profundidad. El ensueño tiene incluso un privilegio de auto-valorización. Goza directamente de su ser. Entonces, los lugares donde se ha *vivido el ensueño* se restituyen por ellos mismos en un nuevo ensueño. Porque los recuerdos de las antiguas moradas se reviven como ensueños, las moradas del

pasado son en nosotros imperecederas.

Ahora, nuestro objeto está claro: debemos demostrar que la casa es uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. En esa integración, el principio unificador es el ensueño. El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinanismos diferentes, dinanismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente. La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella, el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano. Antes de ser "lanzado al mundo" como dicen los metafísicos rápidos, el hombre es depositado en la urna de la casa. Y siempre, en nuestros sueños, la casa es una gran cuna. Una metafísica concreta no puede dejar a un lado ese hecho, ese simple hecho, tanto más, cuanto que ese hecho es un valor, un gran valor al cual volvemos en nuestros ensueños. El ser es de inmediato un valor. La vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa.

Desde nuestro punto de vista, desde el punto de vista del fenomenólogo que vive de los orígenes, la metafísica consciente que se sitúa en el instante en que el ser es "lanzado al mundo", es una metafísica de segunda posición. Salta por encima de los preliminares donde el ser es el ser-bien, en que el ser humano es depositado en un estar-bien, en el bien-estar asociado primitivamente al ser. Para ilustrar la metafísica de la conciencia habrá que esperar las experiencias en que el ser es lanzado fuera; o sea, en el estilo de las imágenes que estudiamos, puesto a la puerta, fuera del ser de la casa, circunstancia en que se acumulan la hostilidad de los hombres y la hostilidad del universo. Pero una metafísica completa que englobe la conciencia y lo inconsciente debe dejar dentro el privilegio de sus valores. Dentro del ser, en el ser de dentro, hay un calor que acoge el ser, que lo envuelve. El ser reina en una especie de paraíso terrestre de la materia, fundido en la dulzura de una materia adecuada. Parece que, en ese paraíso material, el ser está impregnado de una sustancia que lo nutre; está colmado de todos los bienes esenciales.

Cuando se sueña en la casa natal, en la profundidad extrema del ensueño, se participa de este calor primero, de esta materia bien templada del paraíso material. En este ambiente viven los seres protectores. Ya volveremos a ocuparnos de la maternidad de la casa. Por ahora sólo queríamos señalar la plenitud primera del ser de la casa. Nuestros ensueños nos vuelven a ella. Y el poeta sabe muy bien que la casa sostiene a la infancia inmóvil "en sus brazos":ⁱⁱ

Casa, jirón de prado, oh luz de la tarde,
de súbito alcanzáis faz casi humana;
estáis junto a nosotros, abrazando, abrazados.

(...) La casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad. Reimaginamos sin cesar nuestra realidad: distinguir todas esas imágenes sería decir el alma de la casa; sería desarrollar una verdadera psicología de la casa.

Creemos que para ordenar esas imágenes hay que tener en cuenta dos puntos de enlace principales:

1) La casa es imaginada como un ser vertical. Se eleva. Se diferencia en el sentido de su verticalidad. Es uno de los llamamientos a nuestra conciencia de verticalidad;

2) La casa es imaginada como un ser concentrado. Nos llama a una conciencia de centralidad.ⁱⁱⁱ

Estos puntos están sin duda enunciados de un modo bien abstracto. Pero no es difícil reconocer, por medio de ejemplos, su carácter psicológicamente concreto.

La verticalidad es asegurada por la polaridad del sótano y de la buhardilla. Las marcas de dicha polaridad son tan profundas que abren, en cierto modo, dos ejes muy diferentes para una fenomenología de la imaginación. En efecto, casi sin comentario, se puede oponer la irracionalidad del tejado a la irracionalidad del sótano. El tejado dice en seguida su razón de ser: protege al hombre que teme la lluvia y el sol. Los geógrafos no cesan de recordar que, en cada país, la inclinación del tejado es uno de los signos más seguros del clima. Se "comprende" la inclinación del tejado. Incluso el soñador sueña racionalmente; para él, el tejado agudo rebana las nubes. Hacia el tejado todos los pensamientos son claros. En el desván, se ve al desnudo, con placer, la fuerte osamenta de las vigas. Se participa de la sólida geometría del carpintero.

El sótano se considerará sin duda útil. Se le racionalizará enumerando sus ventajas. Pero es ante todo el ser *oscuro* de la casa, el ser que participa de los poderes subterráneos. Soñando con él, nos acercamos a la irracionalidad de lo profundo.

Nos haremos sensibles a esta doble polaridad vertical de la casa, si nos hacemos sensibles a la función de habitar, hasta el punto de convertirla en réplica imaginaria de la función de construir. Los pisos altos, el desván, son "edificados" por el soñador, él los reedifica bien edificados. Con los sueños en la clara altura estamos, repitémoslo, en la zona racional de los proyectos intelectualizados. Pero en cuanto al sótano, el habitante apasionado lo cava, lo cava más, hace activa su profundidad. El hecho no basta, el ensueño trabaja. Del lado de

la tierra cavada, los sueños no tienen límite. Presentaremos después ensueños de ultrasótano. Permanezcamos primero en el espacio polarizado por el sótano y el desván, y veamos cómo dicho espacio puede ilustrar los más finos matices psicológicos.

He aquí cómo el psicoanalista C. G. Jung se sirve de la doble imagen del sótano y el desván para analizar los miedos que habitan la casa. Se encontrará en efecto, en el libro de Jung *El hombre descubriendo su alma*, una comparación que debe hacer comprender la esperanza que tiene el ser consciente de "aniquilar la autonomía de los complejos desbautizándolos". La imagen es ésta: "La conciencia se conduce ahí como un hombre que, oyendo un ruido sospechoso en el sótano, se precipita al desván para comprobar que allí no hay ladrones y que, por consiguiente, el ruido era pura imaginación. En realidad, ese hombre prudente no se atrevió a aventurarse en el sótano."

En la medida misma en que la imagen explicativa empleada por Jung nos convence, nosotros, lectores, revivimos fenomenológicamente ambos miedos: el miedo en el desván y el miedo en el sótano. En vez de enfrentarse con el sótano (el inconsciente), "el hombre prudente" de Jung le busca a su valor las coartadas del desván. Allí ratas y ratones pueden alborotar a gusto. Si aparece el señor, volverán silenciosos a su escondite. En el sótano se mueven seres más lentos, menos vivos, más misteriosos. En el desván los miedos se "racionalizan" fácilmente. En el sótano, incluso para un ser más valiente que el hombre evocado por Jung, la "racionalización" es menos rápida y menos clara; no es nunca definitiva. En el desván la experiencia del día puede siempre borrar los miedos de la noche. En el sótano, las tinieblas subsisten noche y día. Incluso con su palmatoria en la mano, el hombre ve en el sótano cómo danzan las sombras sobre el negro muro.

Si seguimos la inspiración del ejemplo explicativo de Jung hasta la toma total de la realidad psicológica, encontramos una cooperación del psicoanálisis y de la fenomenología, cooperación que será preciso acentuar siempre si se quiere dominar el fenómeno humano. De hecho hay que comprender fenomenológicamente la imagen para darle una eficacia psicoanalítica. El fenomenólogo aceptará aquí la imagen del psicoanalista con una simpatía de temblor. Reavivará el primitivismo y la especificidad de los miedos. En nuestra civilización, que pone la misma luz en todas partes e instala la electricidad en el sótano, ya no se baja al sótano con una vela encendida. Pero el inconsciente no se civiliza. Él sí toma la vela para bajar al sótano. El psicoanalista no puede quedarse en la superficialidad de las comparaciones o metáforas, y el fenomenólogo debe ir hasta el extremo de las imágenes. Ahí, lejos de reducir y explicar, lejos de comparar, el fenomenólogo exagerará la exageración. Entonces, leyendo los *Cuentos* de Edgar Allan Poe, el fenomenólogo y el psicoanalista a una comprenderán su valor de realización. Esos cuentos son miedos infantiles que se realizan. El lector que se "entrega" a su lectura, oír al gato maldito, signo de las faltas no expiadas, maullar detrás de la pared.^{iv} El soñador de sótano sabe que los muros son paredes enterradas, paredes con un solo lado, muros que tienen toda la tierra tras ellos. Y el drama crece y el miedo se exagera. ¿Pero qué cosa es un miedo que deja de exagerar?

En esa simpatía de temblor, el fenomenólogo aguza el oído, como escribe el poeta Thoby Marcelin, "al ras de la locura". El sótano es entonces locura enterrada, drama emparedado. Los relatos de los sótanos criminales dejan en la memoria huellas imborrables, huellas que no nos gusta acentuar: ¿quién querría releer *El barril de amontillado*? El drama es aquí demasiado fácil, pero explota los temores naturales, temores que están en la doble naturaleza del hombre y de la casa.

Pero, sin abrir un expediente de dramas humanos, vamos a estudiar algunos ultrasótanos que demuestran muy simplemente que el sueño de sótano aumenta de manera invencible la realidad.

Si la casa del soñador está situada en la ciudad, no es raro que el sueño consista en dominar, por la profundidad, los sótanos próximos. Su morada quiere los subterráneos de las fortalezas de la leyenda donde misteriosos caminos comunicaban, por debajo de todo cerco, todo baluarte, toda fosa, el centro del castillo con el bosque lejano. El castillo plantado sobre la colina tenía raíces fasciculadas de subterráneos. ¡Qué poder para una simple casa, estar construida sobre una mata de subterráneos!

En las novelas de Henri Bosco, gran soñador de casas, se encuentran esos ultrasótanos. Bajo la casa de *El anticuario* hay "una rotonda abovedada en la que se abren cuatro puertas". De esas cuatro puertas salen unos corredores que dominan de algún modo los cuatro puntos cardinales de un horizonte subterráneo. La puerta del este se abre y entonces "subterráneamente vamos muy lejos, bajo las casas de ese barrio..." Las páginas llevan la huella de sueños laberínticos. Pero a los laberintos de los corredores donde el "aire es pesado" se asocian rotondas y capillas, los santuarios del secreto. Así, el sótano del *Anticuario* es, si nos atrevemos a decirlo, oníricamente complejo. El lector debe explorarlo con sueños que sienten, unos, el dolor de los corredores, otros, el asombro de los palacios subterráneos. El lector puede perderse en ellos (en sentido literal y figurado). Primero, no ve claramente la necesidad literaria de una geometría tan complicada. Es aquí donde el estudio fenomenológico va a revelar su eficacia.

¿Qué es lo que nos aconseja la actitud fenomenológica? Nos pide que instituyamos en nosotros un orgullo de lectura que nos dé la ilusión de participar en el trabajo mismo del creador del libro. No es posible adoptar dicha actitud en el curso de una primera lectura. La primera lectura conserva demasiada pasividad. El lector es aún casi un niño, un niño que se distrae leyendo. Pero todo buen libro debe ser releído inmediatamente. Después de ese esbozo que es la primera lectura, viene la obra de la lectura. Entonces hay que conocer el *problema* del

autor. La segunda lectura..., la tercera..., nos enseñan poco a poco la solución de ese problema. Insensiblemente hacemos nuestros el problema y la solución. Este matiz psicológico: "deberíamos haber escrito esto" nos sitúa como fenomenólogos de la lectura. Mientras no accedamos a ese matiz, seguiremos siendo un psicólogo o psicoanalista.

ⁱ No es preciso devolver a la "fijación" sus virtudes, al margen de la literatura psicoanalítica que debe, por su función terapéutica, registrar sobre todo procesos de desfijación?

ⁱⁱ Rilke, apud *Les lettres*, 4º año, núms. 14-15-16, p. 1.

ⁱⁱⁱ Para esta segunda parte véase más adelante la p. 60.

^{iv} Edgar Allan Poe, *El gato negro*.

Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965. (1º ed., Presses Universitaires de France, París, 1957). Fragmento.